

La entrada en análisis del Hombre de las Ratas y la neurosis obsesiva

Para hablar de la entrada en análisis del Hombre de las Ratas vamos a tener en cuenta un cierto número de referencias de *Variantes de la cura tipo*.^{*} Saben que en este texto de Lacan hay un capítulo titulado: "Del yo en el análisis y de su fin en el analista". A lo largo de ese capítulo, Lacan hace toda una serie de desarrollos sobre la estructura del yo, a saber, el estadio del espejo —puesto que fue por el sesgo del estadio del espejo como Lacan abordó la cuestión del yo—, sobre la función imaginaria, y sobre una distinción que pienso que sigue siendo actual, la del yo y el sujeto.

Freud con Lacan

Hay una frase que les voy a leer: "El yo no es una vez más sino la mitad del sujeto; y aún así es la que él pierde al encontrarla. Se comprende, pues, que se apegue a ella y que trate de retenerla en todo lo que parece reproducirla en sí mismo o en el otro".

Así, pues, el yo no es el sujeto: yo \neq sujeto.

Precisamente, esta distinción pienso que la podemos promover a partir del texto de Freud sobre el Hombre de las Ratas, y en particular en la misma entrada del Hombre de las Ratas en el análisis.

Un segundo capítulo de *Variantes de la cura tipo* que puede servirnos como inspiración para lo que quiero decir sobre la neurosis obsesiva es el que Lacan tituló "Lo que el psicoanalista debe saber: ignorar lo que sabe". Lo que en este

^{*} Lección del 19 de octubre de 1986 del Seminario del Campo Freudiano en Barcelona. Transcripción de Antoni Vicens.

ORIGINAL

capítulo puede interesarnos, lo que se refiere a la clínica que voy a intentar desarrollar ante ustedes, es la serie de desarrollos que hace Lacan sobre la palabra.

Lacan define así la palabra: "Es un acto que, como tal, supone un sujeto". No es un acto que suponga al yo; es un acto que supone al sujeto. Veremos en qué tiene esto un cierto sentido. Dice además: "El hombre (...) está atravesado por las avenidas de la palabra y por ende está abierto a toda sugestión". Esta frase se aplica también completamente en mi opinión al caso que voy a desarrollar ante ustedes.

Los que han leído el texto de *Variantes de la cura tipo* entero, sabrán ya que hay una referencia de Lacan al Hombre de las Ratas, aunque no se refiere directamente a la entrada, sino a la interpretación que Freud le hace al Hombre de las Ratas a partir de un interdicto que el padre habría emitido sobre un matrimonio que él quería hacer; en contra de la realidad, pues el padre está muerto. Lacan evoca ahí precisamente aquello de lo que voy a hablar, lo que llama "el gran trance obsesivo".

Con ello quiero significarles que, si bien este Seminario tiene un rasgo clínico particular, está articulado con el texto que han de tratar y estudiar.

¿Qué quiere decir leer Freud con Lacan? Quiere decir que entre Lacan y Freud no hay una zanja, no hay separación radical; hay, diría, un vínculo de parentesco, una relación que calificaría de transferencial, que Lacan tuvo para con Freud. Esa transferencia duró mucho tiempo, podríamos decir casi toda la vida de Lacan. Evidentemente, quedó marcada por una cierta separación, por una separación en la que Lacan produjo algo que no era pensable para Freud, el objeto *a*. Pero no pueden pensar que el objeto *a* hubiese sido producido por Lacan, si no hubiese habido previamente una relación de sumisión al texto de Freud. Lo cual quiere decir lo siguiente: que Lacan no les dispensa a ustedes, ni a mí tampoco, de leer a Freud.

La constitución del síntoma

Es muy importante, aunque no siempre es posible, poder darse cuenta de cómo se constituye un síntoma. Es muy importante por un montón de razones; pero hay una al menos que es esencial, y es: ¿qué es lo que hace síntoma para un sujeto que sufre de neurosis obsesiva, de modo que de ese síntoma haga el

soporte de su demanda de análisis? ¿Cómo pasar de un goce de ese síntoma, que puede hallar sus exutorios en tal o cual ritualización, o en tal o cual actividad, a una demanda de análisis? ¿Cómo llegará a ser ese síntoma la condición a partir de la cual un sujeto va a instituir al Otro y al sujeto-supuesto-saber?

En cierto modo, en la histeria se produce enseguida ese emplazamiento del Otro y del sujeto-supuesto-saber: es casi consustancial a la histeria misma. Por eso el análisis fue inventado a partir del encuentro con la histérica. Nadie puede imaginar —incluso cuando Freud habló de obsesión tempranamente— que hubiese podido inventar el psicoanálisis a partir del obsesivo. En cambio, lo que halló Freud como problema difícil para él, que tuvo consecuencias absolutamente determinantes sobre la elaboración de la segunda tópica, fue la obsesión. No pueden considerar la elaboración por parte de Freud de eso que se llama la segunda tópica —esto es, todo lo que se refiere a yo, ello, super-yo, articulado con la cuestión de la pulsión de muerte— si no sitúan ese problema en el encuentro problemático de Freud con la neurosis obsesiva.

Para un obsesivo, la subjetivación del síntoma es indispensable antes de toda demanda de análisis. Hay montones de personas que son obsesivos; pero que no por ello le darán a su síntoma un valor cualquiera de verdad. Hacen de él el sostén de su existencia, organizando rituales alrededor del síntoma; nunca sacarán de ahí un argumento para ir a hablar de ello a alguien, ni para instituir a ese alguien como sujeto que supuestamente sabe algo sobre la verdad del síntoma.

También ahí, en la constitución de un síntoma, se puede aplicar lo que Lacan llamó el tiempo lógico. Todo el problema, para el obsesivo —porque es su estructura— es que el tiempo para comprender es para él —quizá, no siempre— desmesuradamente largo. ¿Por qué? Porque nunca llega el momento de concluir. La conclusión es el acto, para todo el mundo, sea o no obsesivo, histérico, etcétera. El acto es lo que permite concluir. Suspender el acto es, en el fantasma, eternizar el momento de comprender.

El Hombre de las Ratas

Freud vio al Hombre de las Ratas en 1907, es decir, en un momento que se sitúa tres años antes de que comenzase el aná-

lisis del *Hombre de los Lobos* (1910); mucho antes de que produjese sus elaboraciones sobre el narcisismo. Hay que situar la observación de Freud en un momento en que no había producido la segunda tópica, evidentemente; en el que no tenía ninguna idea de lo que era la pulsión de muerte, ni sabía lo que era el super-yo; no tenía una teoría del yo —o sí tenía una, pero no la que formaría parte de la segunda tópica—; y tenía una teoría de la angustia que no era la que tendría en *Inhibición, síntoma y angustia*.

Todo eso puede localizarse en la observación del Hombre de las Ratas. Por ejemplo, no sabía qué nombre darle a la culpabilidad, a la culpabilidad en tanto que está articulada con el super-yo. Así se le dio ese nombre de *conciencia inconsciente de culpabilidad*. Vale decir que hay una especie de paradoja en hablar de conciencia inconsciente de culpabilidad; pero no tenía las herramientas conceptuales para captar cuál era la función del super-yo.

Cuando el Hombre de las Ratas llegó a casa de Freud, como ustedes saben, había pasado por un período militar, que le contaría a Freud durante las primeras sesiones. El relato de lo que Lacan llama “el trance obsesivo” lo hace el Hombre de las Ratas a Freud durante las sesiones segunda, tercera, cuarta; no durante la primera.

La neurosis infantil

Resulta absolutamente sorprendente que en la primera sesión le hable a Freud sobre su sexualidad infantil. Y es más sorprendente aún cuando vemos qué tormentos pasó antes de llegar ante Freud. Hay razones de estructura para ello; de otro modo no es posible concebir que, después de sufrir mil muertes, por decirlo así, para llegar hasta Freud, cuando está delante de él le hable de la sexualidad infantil. La razón, la podemos hallar.

En primer lugar, por el amor de transferencia: le da a Freud lo que éste quiere oír; y eso incluso cuando el Hombre de las Ratas no lo sabe todo —no sabe gran cosa— sobre el psicoanálisis. Leyó un poco, pero verdaderamente no llegó muy lejos. Es el amor lo que determina su palabra.

En segundo lugar, es un neurótico. Le dice a Freud —no con estas palabras, claro está—: “Soy un neurótico, y voy a probarlo: tengo una neurosis infantil”. Sólo que Freud —presten

atención, estamos en 1907; es por esto que mencioné al Hombre de los Lobos— no ha puesto aún el acento sobre la neurosis infantil. Hará falta que sucedan todas las historias con Jung y con Adler para que, analizando al Hombre de los Lobos, ponga el acento sobre la cuestión de la sexualidad infantil, como aquello que separa definitivamente a los junguianos de los freudianos. Evidentemente, Freud tuvo razón en hacer lo que hizo, basta con ver sus notas; pero tuvo razón porque fueron los neuróticos quienes se la dieron, antes incluso de que elaborase ese asunto.

Así, pues, el Hombre de las Ratas se presenta como un neurótico porque tiene una historia infantil; una historia infantil en la que se constituyeron ya un cierto número de síntomas para él. Si hubiese sido psicótico, jamás habría hablado así de su infancia, o sólo de pasada. Este es un diagnóstico diferencial. Sean cuales fueren los azares más o menos supuestamente delirantes de un sujeto, si hay una neurosis infantil, es un neurótico.

Observen, si vuelven a ese texto, que Freud sólo hace una de lo que las personas formadas por Lacan llamamos entrevistas preliminares. En esa primera sesión, en la que le plantea sus condiciones al Hombre de las Ratas, éste le manifiesta estar de acuerdo... después de haber consultado con su madre, lo que no es ninguna minucia. Es la segunda sesión la que nos conduce a la cuestión que voy a tratar; a saber, el trance.

El trance obsesivo

¿Qué es eso de trance obsesivo? Es muy conocido; todo el mundo lo ha leído. Por mi parte creo que en ese momento absolutamente crucial, primero para el propio sujeto que lo ha tenido que padecer, y luego para nosotros que tenemos que leerlo ahora, podemos ver en un tiempo muy limitado, muy concentrado, toda la estructura del obsesivo.

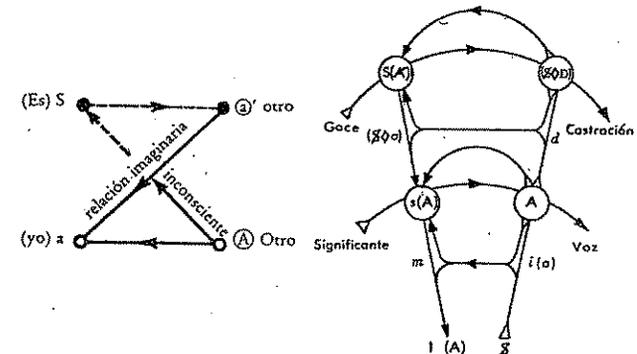
Como ustedes saben, el sujeto está alarmado. Mientras hacía su servicio militar, había perdido sus gafas, y mandó un telegrama a Viena para que a vuelta de correo le mandasen las gafas perdidas. Una vez más —podemos hacer este comentario de pasada— la cuestión de la mirada no está ausente de la cuestión de la obsesión; aquí está al menos por el intermedio de las gafas. Pero esto no es lo más importante. Lo que es más interesante es el encuentro con aquél a quien Freud, y el propio Hombre de las Ratas llaman “el capitán cruel”. ¿Qué sucedió ahí?

El capitán en cuestión hizo ante él un relato en el que se trataba de un suplicio referido al orificio anal; se trata de un suplicio oriental que consiste en introducir ratas vivas en el ano del preso. Y en este momento, lo que vio en la cara del capitán fue la marca misma del goce. El capitán gozaba con lo que decía, en especial con la satisfacción que le producía el hecho de relatar un suplicio. Lo vio, y su relación se inscribió en una proporción que era en primer lugar imaginaria. Esa relación dual es algo particular, pues uno era capitán, mientras que el otro era sólo subteniente; se trataba por tanto de alguien que estaba en el camino de la idealización, de alguien que no estaba muy lejos de la posición de un yo ideal.

Los matemas en la clínica

Vamos a intentar ver ahora cómo, a partir de la clínica, se pueden utilizar el Esquema L y el Grafo, ambos de Lacan.

Quienes lo conocen saben que es un instrumento absolutamente formidable.



Pues bien, en la medida en que el yo del Hombre de las Ratas está constituido en esa proporción particular con el otro, con el capitán cruel, están ambos en el eje (a ————— a') del esquema L.

Pero no se trata sólo de la mirada; eso no basta. Sucede algo más, y es que el capitán habla; y hace surgir, por el hecho de que habla, la función del Otro. En esto, evidentemente, no están obligados a creermelo.

¿Cómo hace surgir al Otro [A]? Lo hace surgir por el eco que produce en el pensamiento del Hombre de las Ratas el *après-coup* inmediato del relato del suplicio. En el *après-coup* inmediato de la audición del relato del suplicio, el sujeto piensa en su padre muerto, y en su dama; es decir, en las personas más idealizadas que podía haber en el registro de su pensamiento. Se trata de figuras que se sitúan en esa relación particular que mantiene él mismo con lo que llamamos el ideal del yo, y que figuran en el grafo entre I (A) ————— m ————— i (a).

El hecho de que pueda pensar algo tan horrible como que el suplicio pueda sucederles a las personas por las que siente un mayor afecto, es ahí exactamente donde se sitúa para él el registro de la angustia, en tanto que ésta hace signo del Otro. Se trata de algo que está más allá de todo saber, más allá del espejo —digámoslo así— más allá del espejo del semejante, y que para él es el eco de una verdad de la que él mismo es depositario.

Es Freud quien nos dice eso; puesto que cuando le ve contar el relato del suplicio, ¿qué es lo que observa en la cara del Hombre de las Ratas? Es una nota de Freud: la marca de un goce ignorado por él mismo. ¿Cuál es ese sentimiento de horror? ¿De dónde sale? Está en esa relación en la que el sujeto Hombre de las Ratas no tiene ya a su disposición la estructura de lo imaginario, en tanto que es constitutiva del eje (a ————— a') del esquema L, o de lo que está en i (a) ————— m del grafo.

Lo imaginario no es ya para él garante de lo que forma las coordenadas de su mundo. Hay algo distinto que surge ahí, algo que viene a surgir para él a partir de la mirada que puso sobre otro, sobre el capitán, que gozaba con su relato. La diferencia entre el Hombre de las Ratas y el capitán es que aquél siente horror por su goce, no lo conoce, mientras que el capitán se presenta como amo del goce. No le causa disgusto; puede contar la porquería más grande, sin ningún disgusto; goza de ello sin dificultad, sin retención, podríamos decir.

¿Qué sucede en ese momento? Precisamente, en el *après-*

coup de ese momento que acabo de decirles, el capitán le dice: "Debes devolver 3,80 coronas al teniente David".

Un significante amo

¿Por qué ese "debes" va a llegar a ser la ocasión para ese trance obsesivo? En mi opinión sólo puede entenderse por lo que sucedió anteriormente, esto es, por el hecho de que el relato del capitán produjo una fractura, en el sentido de que fue una señal —como lo es la angustia— para el Hombre de las Ratas, una fractura en su yo, la aparición de algo distinto, que es su verdad. Y es esa verdad, como su verdad propia, la que no quiere saber. Puedo tomar una expresión moderna de Lacan, a propósito del Hombre de las Ratas: el *no quiero saber nada* del Hombre de las Ratas es su goce, lo que dejó de lado; pero no pudo dejarlo de lado porque se encontró con alguien que se lo pasó por las narices.

¿Cómo prevenirlo? ¿Qué hacer con eso que surgió como pregunta? Como pregunta —vean el grafo— viene siempre del Otro. Lo que oyó fueron significantes. Fue un goce lo que vio en el rostro del capitán, pero con todo, lo que oyó fueron significantes: rata, ano, suplicio... Así, pues, fueron intrusiones significantes en su orificio auricular las que engendraron la angustia como sentimiento del Otro.

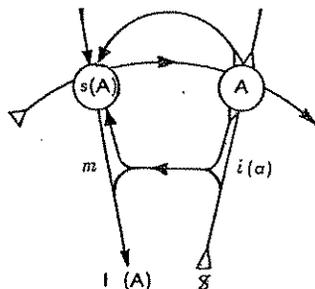
En el *après-coup*, el capitán le dice: "Debes devolver..."; pero él no debe nada. A eso precisamente el Hombre de las Ratas va a aferrarse, a fin de que la angustia, en tanto que le reveló algo, fuese, si era posible, apartada de aquello con lo que tenía que enfrentarse. En el fondo, iba a elevar ese "debes" del capitán a la función de lo que llamaremos con Lacan un significante amo: S₁.

$$\frac{S_1}{\$} \longrightarrow \frac{S_2}{a}$$

¿Qué significa eso? Sabemos, si hemos leído la observación, que no le debía nada al teniente David. La orden era falsa; y él lo sabía. ¿Por qué, pues, elevar a un imperativo, al que intentar someterse, lo que era una orden falsa, y que él sabía que lo era? En primer lugar, el capitán le designaba a otro, semejante a él;

esto es, alguien con quien iba a poder intentar reconstituir la fractura imaginaria que había sufrido a causa del relato del suplicio. Quería reconstituir su yo, o dicho de otro modo, iba a intentar precaverse, obstaculizar, la verdad que surgía del Otro a base de reforzar la dimensión imaginaria, su relación con el otro, para conseguir que el Otro, aquel que se planteaba en verdad para él, a partir del efecto que produjo en él el relato, fuese reprimido. Halló, pues, en la intimación del capitán, una ocasión para reconstituir su yo a partir de la relación que iba a tener con el teniente David. Eso es en efecto lo que sucedió.

Evidentemente, eso ocurría con todos los síntomas que tenía en la cabeza, puesto que cuando el capitán le dijo: "debes devolver ... al teniente David", él pensó en seguida: "Si no lo devuelvo, ese suplicio le será aplicado a mi padre y a mi dama; les aplicarán a ambos ratas en el trasero". Lo esencial para él era actuar de tal modo que ese "debes devolver" fuese realizado, para que lo que imaginaba del suplicio aplicado a las personas que le eran más queridas, no sucediese. Si permanecemos pegados a la estructura —puesto que sirve para algo— eso significa exactamente que quiere mantenerse



en este nivel:

En el punto del que hablo, en el relato que él mismo le hace a Freud, no quiere que lo que surge para él como idea obsesiva, tenga valor de verdad. Quiere que permanezca en el nivel de la idealización; quiere garantizar lo que constituye el sostén de la idealización, de su goce de la idealización. Eso les da ya una idea: la de que entre el ideal tal y como se propone en todas partes, y la verdad, hay una diferencia; y que justa-

mente la verdad no es un ideal; y que seguramente el ideal no es una verdad.

Sigamos con el "debes". Va al encuentro del teniente, y éste le dice: no me debes nada. Y es entonces cuando empieza la combinatoria en su cabeza, en la que va a reunir un cierto número de figuras. Cuando digo figuras se trata, claro está, de semejantes; son militares, como él: David, Ehrlich, etcétera. Una serie de otros que, en serie, están encargados, en su cabeza, de garantizar la estrategia que está constituyendo. Es una estrategia estrictamente imaginaria; esto quiere decir que lo imaginario es lo que guía la estrategia en cuestión, y que no debe haber la más mínima falla en la estrategia que él imagina, no sea que de nuevo la dimensión del Otro como verdad pueda surgir.

El yo fuerte del neurótico

Dicho de otro modo, lo que Lacan siempre llamó el yo fuerte del neurótico, está ahí: en la manera que tiene de intentar y de hacer que los otros con los que tiene trato desempeñen los roles que puedan garantizarle a él una estructura de —voy a decirlo— yo autónomo. Sin saberlo, el Hombre de las Ratas es el campeón de la *ego-psychology*. Sólo que la *ego-psychology* fracasa.

En efecto, el Hombre de las Ratas fracasa en su intento de mantener en posición de significante amo la palabra del capitán, la que viene en segundo lugar, después del relato del suplicio.

En el discurso del amo está en posición de agente lo que Lacan llama un significante amo $[S_1]$, esto es, la posición de lo arbitrario. Esto es lo que rige; y al otro lado está el saber $[S_2]$. El discurso del amo es un discurso mentiroso. ¿Por qué? Porque pretende regir el saber. Y pretende regir el saber, con una condición absolutamente esencial para su elaboración, que es la de mantener bajo la barra la verdad sobre qué es el sujeto, a saber, que no es: $\$$; y en el lugar de la producción el goce, que figura como a .

Apliquemos esto al Hombre de las Ratas, en el segundo tiempo, cuando eleva la palabra del capitán a la condición de significante amo. ¿Por qué quiere que ese "debes" llegue a ser un imperativo? Sobre todo no quiere lo que entrevió en el momento mismo de su crisis de angustia, cuando oyó el relato del capitán, y que se refiere a la relación entre $\$$ y a ; no quiere que

retorne. Entonces intenta, a su manera, darle consistencia a la función del amo, sólo que —y por eso es un neurótico— fracasa.

¿Qué quiere decir esto? (Es un paréntesis en el tema del que les estoy hablando.) Quiere decir que no hay discurso del obsesivo. Es cierto que Lacan escribió un discurso de la histeria, pero no escribió un discurso del obsesivo. La aspiración del obsesivo, diría que imaginaria, es la de poder al menos intentar alojarse en el discurso del Amo; hacerlo de tal modo que haya una consistencia real del discurso del Amo.

Esto mismo es todo lo que intenta hacer el Hombre de las Ratas con esa historia de la deuda que le manda el capitán. Pero ¿por qué fracasa?

Fracasa porque es el propio Hombre de las Ratas quien hace fracasar lo que él mismo está poniendo en el telar.

Dicho de otro modo, de un lado sostiene con toda la fuerza de que es capaz la función de dominio al que se trata de obedecer. Se hace siervo de una orden falsa para constituir un Amo; un Amo que le liberaría ¿de qué? De la pregunta sobre el goce. Precisamente, no puede liberarse, dejándola sobre otro, de la pregunta sobre el goce, puesto que esa pregunta es la suya. Es la suya en la represión. Hay una pequeña diferencia. Es precisamente porque en algún lugar la represión ha fracasado, por lo que no consigue hacer que sea consistente esa orden; y por tanto, que vuelva a alojarse en el discurso del Amo, en su relación con los demás, de tal modo que se le ahorre el sufrimiento que debe padecer. Su neurosis hace que todo eso fracase. Y entonces lo que viene es el trance obsesivo.

El circuito de la deuda

Estábamos en la relación imaginaria con el teniente David. Le propone devolverle las coronas en cuestión; y, claro está, no le debe nada. Luego hace que intervenga otro personaje, que se llama teniente Ehrlich, y se imagina que aquél va a pasarle el dinero a ese otro, y luego a un tercero, y realizar así el juramento que se ha hecho a sí mismo, a saber, “tengo que hacer que esto sea devuelto para que aquello no les suceda a mi padre y a la dama de mis pensamientos”. Ya saben lo que sucederá; y es que intentará, a lo largo de ese trance, realizar el juramento; incluyendo en ello a la empleada de correos a quien le debe efectivamente ese dinero. Imagina que le da el dinero a la em-

pleada de correos, que ella inmediatamente se lo devuelve al teniente David, quien se lo da a él de nuevo, y luego él se lo vuelve a dar a la empleada de correos.

Es todo un circuito, en el que plantea la estructura significativa del juramento que se ha hecho a sí mismo; se trata de todo lo que constituye el soporte de su gran angustia. Ese circuito tendría que evitar que el suplicio fuese aplicado a las personas que idealiza al máximo.

Todo eso, el Hombre de las Ratas lo imagina; y por eso Freud lo llama un delirio. Pero no es un delirio; el Hombre de las Ratas no delira. Lacan está mucho más acertado cuando habla de trance.

El Hombre de las Ratas no delira, sino que calcula. Calcula y organiza el sistema a partir del que podrá evitar la verdad del goce.

Todo eso lo calcula para conseguir que, por una parte, el ideal —lo bello, lo bueno— se sostenga. Y por otra parte calcula por la conexión que hay entre la verdad y lo real; porque el relato le ha evocado algo que se refiere a su relación con la pulsión. Lo que ha recibido como huella de la verdad del Otro es algo que le ha afectado en el lugar mismo en que no se puede defender de ello, es decir en el cuerpo.

Digo en el cuerpo porque la angustia, si es que se manifiesta en alguna parte, es efectivamente en el cuerpo, en tanto que es la señal de un peligro que no es exterior, sino que es interior, interno. Se trata del peligro de algo que tiene que ver en el más alto grado con su pregunta sobre el deseo. No les habrá de sorprender que en el mismo *après-coup* de la revelación de la angustia, disponga en lo real lo imposible, esto es, que intente hacer, con algo falso, algo verdadero. El Hombre de las Ratas hace que la deuda que no tiene, con el teniente o con otro, sea verdadera. Para él se trata de actuar de tal modo que haya algo imposible, constantemente.

Ahí es donde está su deseo; el vínculo con lo imposible está ahí, sin que él mismo lo sepa, sin que lo sepa el mismo que lo inscribió. Lo que se ha llamado la pantomima, esa especie de teatro un poco loco, es el juego en lo real de una relación imposible con el deseo, cuya encarnación es él mismo.

Evidentemente, la deuda, ya sabemos lo que es en el Hombre de las Ratas: es la famosa deuda del padre. Esto es, que su padre le debió efectivamente algo a alguien. Pero no sólo es esto; lo que el Hombre de las Ratas encarna como verdad en

lo real, sin saberlo, es una cierta relación con la deuda simbólica en la medida en que esa deuda jamás queda satisfecha. ¿Qué quiere decir eso? Que no es solamente su historia particular lo que determina para él todo ese trance y esa relación particular con el goce. No es sólo eso; hay que considerar la obsesión como la respuesta dada a una pregunta que parte del Otro y que es: *¿Qué es la deuda simbólica? O: ¿Qué es un padre?* Mejor aún: *¿Qué es el Nombre del Padre?*

El encuentro con Freud

En el fondo, lo que encarna la obsesión es la relación del padre con la muerte. Es incluso por eso que en su trance hace de él un personaje vivo. Sabe muy bien que está muerto, pero toda su estructura, la de su síntoma, se organiza alrededor de esa falta de reconocimiento del vínculo entre su padre real y la muerte, en tanto que su padre real no fue para él quien podía darle una orientación soportable en relación con el Nombre del Padre.

¿Cómo llega ante Freud? Intenta —ya lo dije desde el comienzo— permanecer en el nivel de lo que llamamos en el grafo el nivel imaginario, es decir lo que está por debajo de esta línea: A ————— s (A). El síntoma es poco más o menos lo que acabo de decir, su trance. Su trance le conduce, tras repetidos fracasos, a ir a ver al famoso amigo, su compañero, aquel que ocupa siempre la posición imaginaria, para que le diga: “No, no estás loco, todo eso son ideas”. Y exactamente eso es lo que va a hacer.

Después de haber fracasado en poner siempre a otro como interposición imaginaria en relación con la revelación que había tenido, finalmente va a ver a su amigo, esto es, a aquel que está encargado de encarnar en lo real ese espejo de sí mismo que le tranquiliza. Y el otro le tranquiliza, claro está: “Todo eso son obsesiones”. Pero el problema es que así no se tranquiliza. El hubiese querido que el otro le dijese: “Tienes que pagar la deuda con el teniente David”. Y por eso va a ver a Freud; y no por azar. Va a verle por un rasgo: la semejanza, decía, entre sus ideas, esto es sus obsesiones, y lo que pudo leer en la *Psicopatología de la vida cotidiana*. Halla una relación entre lo que él produce como pensamientos, y lo que Freud escribió como texto. Así, pues, se trata una vez más de un semejante; aunque un semejante de una clase algo particular.

Así es como llega ante Freud; pero con la intención de pedirle un certificado en el que debe constar que su curación está subordinada a la aplicación del juramento, a saber, a la devolución de ese dinero al pobre teniente David, quien evidentemente no puede remediarlo.

Claro que no le habla a Freud de todo eso cuando lo ve, sino de todo lo que les dije antes, de su sexualidad infantil.